



Nuestra Universidad no es sostenible



CONTRACORRIENTE
OCTAVIO GRANADO

En los años 70 del siglo pasado, la eclosión de la clase media forzó a los gobernantes a extender, masificados y con calidad relativa, estudios universitarios que permitían ascender socialmente con el conocimiento a muchas familias con menor nivel de estudios. Cuando comenzó a gestionarse la situación, se había producido una inundación. Las corporaciones profesionales más poderosas (Medicina, Ingenierías) evitaron el deterioro de su posición a través del número clausus. Para el resto, se produjo el amargo descubrimiento de que cuando se multiplicaban los estudiantes, el ascensor social se bloqueaba por la marea, e incluso los nuevos licenciados veían cómo sus hermanos que habían cursado formación profesional o se habían incorporado a los trabajos de construcción, les sobrepasaban en ingresos y nivel de vida.

Ahora vivimos el reflujo. Las facultades que antes formaban arquitectos o aparejadores (mantengo los nombres antiguos de las carreras para hacer el texto digerible) ahora preparan decoradores, interioristas o urbanistas. Las de Historia compiten con las enseñanzas de medios de comunicación, la Sociología y la Politología, e insisten en ocupaciones relacionadas con el turismo y los bienes de interés cultural. Los de Derecho y Economía, siempre los más versátiles en salidas, profundizan en másteres y cursos de postgrado como una forma de competir. Y en todo caso, tienen que apechugar con la retirada de fondos públicos que ha debilitado a las universidades.

En esta situación compleja, la Universidad de Burgos, la penúltima en su constitución por ley de las Cortes Generales si la memoria no me falla, busca su perfil con la preparación de nuevas titulaciones, las enseñanzas on line y buscando la complicidad del empresariado burgalés, que hasta ahora no ha faltado. El sistema de asignación de fondos públicos en Castilla y León la penaliza al impedirle disponer de recursos mínimos para la promoción del profesorado: Tenemos muchos profesores asociados, muy mal pagados, y la posibilidad de promocionar a plazas con mayor dedicación es difícil. Pero ahora el consejero de Educación nos dice que la matrícula es escasa, que la Universidad no es sostenible, y que debemos dedicarnos a las enseñanzas de postgrado porque una universidad de verdad, con sus titulaciones y su investigación, no está a nuestro alcance.

No tengo mala opinión del consejero. Escribo en periódicos moderados y parece razonable. Pero sus declaraciones son por puro centralismo elitista de universidad antigua. Quiere vetar las iniciativas de la UBU para nuevos títulos que atraigan los alumnos que hacen falta. Podía, y debía, mejorar los fondos necesarios, cuya carencia deriva más de los recortes de la Junta que de los problemas de una matrícula encarecida. Tal vez debería plantearse, como pensó su antecesor, en intentar que las universidades de Castilla y León no produzcan tantas enseñanzas duplicadas, lo que exigiría mejores becas y ayudas que favorecieran la movilidad. Pero no. No somos sostenibles, que ya se ocupa él de convertirnos en insostenibles, y de cerrarnos todas las salidas que buscamos para no caer en su profecía autocumplida.